

La Revolución y el Peronismo

John W. Cooke

El trabajo que presentamos a continuación constituyó originalmente un informe interno a la militancia de Acción Revolucionaria Peronista. Con posterioridad la organización decidió darlo a la publicidad sin apenas corrección alguna.

Aparece este trabajo en las páginas de Pensamiento Crítico, coincidiendo con la noticia de la muerte del autor. Sirva su publicación como un reconocimiento al combatiente revolucionario desaparecido.

LA REDACCION.

1 EL PERONISMO ES EL HECHO MALDITO DE LA POLITICA DEL PAIS BURGUES

El "falso dilema" peronismo-anti-peronismo ha sido eliminado con drasticidad castrense; se lo borró de la superficie. Pero sabemos que el "falso dilema" no es entre partidos políticos sino entre fuerzas sociales. Con la supresión del peronismo se liquida la voz de las fuerzas del proletariado y demás sectores populares; con la supresión de los partidos clásicos no se suprime la voz de la burguesía, de los empresarios nacionales y extranjeros, que no tienen ningún interés en la política partidista y sí en la política econó-

mica del Estado, donde no solamente se les escucha sino que el Estado les pertenece.

El gobierno en manos de políticos era difuso, las influencias se entreveraban; en cambio ahora, los elencos técnico-ministeriales salen de las fuerzas empresarias.

Es que nuestro sistema capitalista no está en la juventud previa a la maduración del desarrollo armónico, y autoimpulsado, como dicen sus economistas, sino que está decrepito sin haber pasado por la lozanía. Se le puede hacer caminar algo mejor, desarrollar tales o cuales sectores aislados, pero no crearle un porvenir de juventud y vigor. Las burguesías adelantadas que impusieron en sus países la democracia liberal eran clases de vanguardia en esa época, y su hegemonía no se basaba solamente en el poder económico que les aseguró el manejo del Estado, sino que también impusieron su concepción del mundo a toda la sociedad; contaron con el consenso general para sus sistemas ideológicos y políticosociales. En la Argentina, esas instituciones las impuso una oligarquía portuaria comercial y terrateniente, al margen de la voluntad del pueblo: le faltó el requisito de la universalidad, que hace de una clase la expresión de

un momento histórico, de la sociedad en su conjunto. Su política no estaba trazada en función del país como unidad sino de la parte de la pampa húmeda que se fue incorporando a la producción con destino al comercio exterior, formando un circuito con los centros industriales europeos.

Recién en 1880 se completó la integración del país como unidad nacional, aunque dentro de los moldes impuestos por la complementariedad semicolonial con el imperialismo inglés. Así fue como la burguesía comercial y terrateniente nunca aplicó el sistema democrático liberal (y sí el liberalismo económico), y buscó suprimirlo las dos veces que funcionó, por medio de los golpes reaccionarios de 1930 a 1955.

A partir de 1945, el país realizó, bajo el liderazgo de Perón su proceso democrático burgués, aunque en forma indirecta, como imposición de un frente antimperialista cuya base de apoyo estaba en la clase trabajadora, sectores de la clase media y el sector nacionalista del ejército.

Cuando desaparecieron las condiciones de la gran prosperidad de la postguerra, y se cerró el ciclo de ingreso nacional creciente, se agudizó la lucha de clases. Pero las

contradicciones ya no se dieron tajantemente entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945, sino también en el seno del peronismo, entre el ejército, partidario de la industrialización pero no de la política social demasiado avanzada, y la clase obrera, que al fortalecerse tendía a radicalizar al movimiento, entre la burguesía, que había progresado con el régimen y ahora deseaba aumentar las cuotas de plusvalía y buscar acuerdos con el imperialismo, y el proletariado, que defendía su salario y las tendencias progresistas de nuestro Movimiento; entre los burócratas, que trataban de "consolidar las conquistas", y la corriente popular, que se oponía a la pérdida de la dinámica renovadora.

Lo que en 1945 había sido una concentración de poderío mediante la amalgama de fuerzas diversas, se transformó en causa de nuestra debilidad, cuando éstos tendieron a chocar. En lugar de aquella unidad existía una dispersión que se disimulaba por el liderazgo de Perón, aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por los otros sectores de nuestro Movimiento, hasta convertirse en simulación a la espera de la oportunidad para defeccionar. Durante bastante tiempo el prestigio de Perón evitó las colisiones; pero aun-

que podría absorber esas contradicciones, no las suprimía; algunas aparecieron a la luz en los momentos previos al golpe de septiembre del 55, otras después de la caída. El desequilibrio era ya ostensible y el frente estaba desarticulado.

Eso explica por qué el peronismo, los peronistas, seguimos siendo el hecho maldito de la política argentina. La cohesión y empuje de nuestro Movimiento es la de las clases que tienden a la destrucción del statu-quo. Pero la ideología del Movimiento no está en correspondencia con ese papel objetivo y concreto dentro de la sociedad argentina. Es que le correspondió, como dijimos, realizar el proceso de transformaciones que permitiría la expansión de las fuerzas nuevas que estaban constreñidas por los moldes de las viejas estructuras que se perpetuaban cuando ya habían desaparecido las condiciones que les dieron origen.

Esas peculiaridades de nuestro desenvolvimiento económico, deben tenerse en cuenta para comprender nuestra ambigüedad, la forma de alineamiento de nuestras clases sociales y el factor esencial de la realidad política argentina: el peronismo.

El peronismo no es la maravilla de los siglos, como por momentos hemos parecido creerlo muchos de sus

militantes, ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo. Pero tampoco es un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto.

Para no alargar el análisis: el peronismo fue el más alto nivel de conciencia a que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones políticosociales contemporáneas. Los peronistas en conjunto no hemos llegado aún a comprender que ese déficit es el que nos costó la caída del gobierno y que mientras persista no nos será posible llevar a cabo seriamente y con éxito la toma del poder. Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos —con gran indignación de los adoradores de mitos y de fetiches— seguimos siendo como Movimiento, un gigante invertebrado y miope.

2 SIN CONOCER AL PERONISMO, LA POLITICA REVOLUCIONARIA ES UNA ABSTRACCION

El peronismo es, para bien y para mal, la fuerza que nuestra realidad social ha originado como oposición al régimen, como oposición real, concreta, de luchas y sacrificios. Por consiguiente, es ridículo pretender impugnarle, como quieren quienes se colocan más allá o por encima de él, porque aunque hagan gala de sedicentes superioridades teóricas, han acertado menos que el Movimiento de masas y donde éste se orientó, mal que bien los confidentes de la historia perdieron el rumbo, y siguen sin comprender cada vez que en lugar del análisis retrospectivo, con incógnitas ya resueltas, tienen que resolverse en medio de los hechos presentes y sus enigmas, sus complicaciones, sus abanicos de hipótesis.

Por sobre todo, el peronismo existe, está vivo y no será suplantado porque le disguste a los soñadores de la revolución perfecta, con escuadra y tiralíneas; el peronismo será parte de cualquier revolución real: el ejército revolucionario está nucleado tras sus banderas, y el peronismo no desaparecerá por sustitución sino mediante superación dialéctica, es decir, no negándose

sino integrándolo en una nueva síntesis. Por el momento, la Revolución argentina es impensable sin el peronismo, que es la forma política que adquieren las fuerzas sociales de la transformación. Claro está que por la acción de vanguardias que impulsen el avance de conciencia y la movilización de sus masas tras una política real de poder.

Conociendo lo que es el peronismo, nuestra concepción de que la revolución debe partir del hecho peronista aparece despojada de toda carga apologética; y se comprende también porque el plan de legalizar el peronismo negociando con Perón es tan ilusorio como los proyectos integracionistas y como los propios planteos estratégicos de los dirigentes del Movimiento. Porque el Movimiento peronista es la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino, pues expresa a las clases sociales cuyas reivindicaciones no pueden lograrse en el marco del institucionalismo actual. Si fuese como sus direcciones burocráticas, no crearía ningún problema; pero detrás de la mansedumbre de los dirigentes está ese peligro oscuro, que por instinto las clases dominantes saben que desbordará a los calígrafos que exhiben su dócil disposición desde los cargos políticos sindicales. El régimen no puede institucionalizarse como democracia

burguesa porque el peronismo obtendría el gobierno, y aunque no formule ningún programa antiburgués, la obtención de satisfacciones mínimamente compatibles con las expectativas populares y las exigencias de autodeterminación que son consustanciales a su masa llevarían a la alteración del orden social existente. El régimen tiene fuerza, sólo para mantenerse sin asentarse a costa de transgredir los principios democráticos que invoca como razón de su existencia. El peronismo, por su parte, jaquea al régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo, cosa que sólo será posible por métodos revolucionarios. De ahí que la burocracia peronista, que por cierto no cayó del cielo y responde a fallas de nuestro Movimiento (que hemos señalado en trabajos autocríticos), representa al Movimiento en su más bajo nivel.

3 LA CONTRADICCION ENTRE EL PAPEL REVOLUCIONARIO DEL PERONISMO Y LA POLITICA DE SUS DIRECCIONES

Pues, como estructura del nucleamiento de la masa popularpolítica, administrativa, sindical, etc., el peronismo siempre ha estado muy por debajo de su calidad como movimiento de masas. El espontaneísmo

ha sido lo que nos ha deparado nuestras grandes jornadas triunfales. Pero las condiciones exigen, hace tiempo, que dé el paso de la rebelión a la revolución, y para eso necesitamos la política que oriente nuestras acciones dentro de una estrategia global, a partir de concepciones teóricas que superen al reformismo, al burocratismo y a la improvisación.

Las direcciones burocráticas no han tenido otra política de poder que el electoralismo, en frentes que gozan de beneplácito militar, o el apoyo a diversos intentos golpistas que fueron configurándose. El golpismo y el electoralismo con candidatos "potables" y visto bueno militar, no eran vías antagónicas sino dos hipótesis de un mismo planteo que implicaba la renuncia del peronismo a su razón de ser como instrumento de las fuerzas trabajadoras para la conquista del poder. Lo que calificamos como "dirección burocrática", es, precisamente la imposibilidad de superar esa alternativa porque opera con los mismos valores y preconceptos del régimen con el cual estamos enfrentados. Ambos términos de la alternativa golpismo y electoralismo pitagórico —son igualmente suicidas: el peronismo, incapaz de traducir su número en fuerza, presta el número a los que detentan la fuerza, subordinándose a sus desig-

nios. Con lo que se acepta, tácitamente, la proscripción de la mayoría, es decir, se pacta sacrificando las necesidades y anhelos de nuestro pueblo, que necesita directamente tomar el poder.

Esto no siempre estaba inspirado por la traición o la venalidad. Resulta de un déficit de conducción, de metodología, de comprensión teórica de la realidad nacional.

Los contactos entre dirigentes burocráticos de nuestro Movimiento y jefes militares, son cosas corrientes desde hace mucho tiempo y responden a la interinfluencia de dos fenómenos. Uno de ellos es parte del deterioro del régimen burgués argentino, que acarrea el debilitamiento de las formas tradicionales de unificación y exigió que los militares, dispuestos a desalojar un poder civil inocuo, buscasen algún tipo de compromiso que neutralizase, en lo posible la oposición de masas, por lo menos en los momentos iniciales. El otro deriva de fallas internas de nuestro Movimiento.

Si bien la inestabilidad del régimen y la potencialidad del peronismo son dos aspectos de un mismo proceso, en las estructuras directivas, por falta de una teoría revolucionaria y la consiguiente política de poder, se ha acentuado de más en más la burocratización, la "institucionalización" de una capa de dirigentes

políticos, gremiales, influyentes, etcétera, que no enfrentan al régimen globalmente sino que dentro de él conciben su estrategia (golpismo, frentes electorales, reencuentro del pueblo y del ejército) y, por consiguiente, allí buscan apoyo. Y en lo posible, tanto para esa "participación" en el poder, cuanto para respaldo en las posiciones sindicales, las FFAA son un factor decisivo de la política nacional hacia el cual se tienden los puentes del acercamiento.

El resultado de esa postura dual es que el régimen integra a los burócratas en formas diversas que van desde someterlos al "terrorismo ideológico" y tenerlos cada cinco minutos aclarando que no son comunistas, hasta inspirarles pautas de conductas para ser reconocidos como personas serias, responsables y sin el pensamiento alborotado por apocalipsis revolucionarias. Pero por razones morales aparte, por lo mismo que el peronismo es incompatible con el régimen, la expresión de su crisis insoluble, esas tácticas oportunistas no podrán cumplir con el designio de incorporarnos a él; a lo sumo le darían una prórroga, pero a costa de declinar nuestro papel como expresión política de las masas. Que la burocracia ignore los antagonismos fundamentales de la sociedad argentina actual y se des-

place hacia los conflictos secundarios entre las fuerzas de la superestructura del régimen, no significa que también va a desplazar contracciones que son parte de la realidad objetiva y que sólo momentáneamente pueden dejar de repercutir en la conciencia de la clase trabajadora.

De la contradicción peronismos-antiperonismo, el gobierno ha suprimido uno de sus términos. Pero lo ha suprimido como fuerza organizada, como agrupamiento político con cierto margen de legalidad. El antagonismo que así se expresaba no lo puede suprimir ninguna cantidad de poder militar; apenas ciertas maneras en que se exteriorizaba. En la Argentina, el régimen no puede dar soluciones y la crisis es permanente, pero no por eso ha caído ni está próxima su extinción; cuenta con fuerza como para seguir en ese estado durante muchísimo tiempo. Su fin no depende sólo de las condiciones objetivas en que se desenvuelve sino de las condiciones subjetivas que se vayan creando en sus víctimas, vale decir, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, y la existencia de vanguardias que pueden estimularlas. Por lo pronto lo que se les quiere presentar como un nuevo régimen, no es más que un reacondicionamiento del régimen tradicional para

adaptarse a la etapa actual. Sin embargo la contradicción régimen-peronismo, es de tal hondura que no admite bases de conciliación, a pesar de quienes piensan que estas luchas son confrontaciones de ideas puras o de ambiciones de hombres o grupos de hombres.

II

QUE ES A.R.P.

ACCION REVOLUCIONARIA PERONISTA es una organización creada y orientada para luchar contra la dependencia y la explotación por medio de la lucha revolucionaria. Toda su estructura organizativa responde a esa finalidad.

ARP no aspira a crear su partido político como respaldo para la acción militar, ni es un sector militarizado de un partido político. Constituimos una organización formada con criterio selectivo en el reclutamiento de sus cuadros, que están integrados a un aparato que busca operar en todos los frentes en defensa de sus posiciones políticas, sirviendo los propósitos de la lucha revolucionaria.

Nuestra acción de superficie se cumple sobre la base del Movimiento peronista, participando de sus luchas políticas y sindicales, influyendo para la adopción de líneas de acción correctas, eventualmente in-

cluso a través de posiciones dentro de los organismos gremiales y partidistas, pero sujetos nuestros representantes a la política y a la conducta trazada por ARP cuando ésta se halla en contradicción —como es frecuente— con la que establecen las direcciones burocráticas.

Nos consideramos *peronistas*, parte integrante del movimiento de masas, pero no nos proponemos conquistar posiciones directivas de tipo sindical, o político (en el sentido que político ha tenido en nuestro movimiento) salvo excepcionalmente, y como medios para desarrollar nuestra prédica y cumplir nuestros propósitos específicos en función de la estrategia de lucha que, según pretendemos demostrar acá, es la única que, aunque dura y ardua, y a largo plazo, ofrece perspectivas de llevar a su efectiva satisfacción las reivindicaciones de nuestras masas populares.

Por lo dicho más arriba, no concebimos la acción revolucionaria prescindiendo del peronismo, ni creemos que el remedio para las fallas que le hemos señalado consiste en formar nuevos partidos, que si estuviesen, tal vez, exentos de ellos, también estarían exentos de los contenidos que hacen del peronismo la expresión de la clase trabajadora argentina. Con lo cual, no estamos negando importancia

—todo lo contrario— a los vicios del peronismo, sino sosteniendo que no desaparecerán porque otros nucleamientos se postulen para el relevo, sino como avance del propio caudal humano nucleado bajo sus banderas. *El peronismo expresa las limitaciones de nuestra propia sociedad nacional y encierra las posibilidades en este período, de superarlas colectivamente.*

Así como no concebimos la revolución sin el peronismo —en cuanto a movimiento de masas y no en cuanto a estructura político-sindical actual— tampoco creemos que sea misión que nos incumba exclusivamente a los peronistas. Lo que define la calidad exigida para la militancia a la altura de los requerimientos de esta etapa del proceso de liberación nacional argentino, es la condición de revolucionario. Y así como rechazamos las falsas “unidades amplias” que pretenden unir grupos e intereses no sólo heterogéneos sino también contrapuestos, antagónicos, rechazamos la sectarización que muchos pretenden imponernos a los peronistas. Y negamos toda división secundaria. La calidad de revolucionario significa para nosotros coincidencia en los objetivos de liberar el país del imperialismo, liquidar su régimen social clasista y construir el socialismo y coincidencia en que esas aspira-

ciones sólo pueden lograrse mediante la acción armada, promovida por la vanguardia y llevada a términos por las masas populares.

Somos *peronistas*, actuamos en el seno del movimiento de masas, y no diferenciados de él. El papel que durante los años de gobierno peronista me cupo, así como en los años de la Resistencia, posteriores a la Libertadora,* como delegado personal de Perón al frente de nuestro movimiento, la lucha de nuestra compañera Alicia Eguren contra la tiranía implantada en 1955 y la difusión que tuvieron las durísimas condiciones de su largo encarcelamiento —que además de las protestas de los sectores más diversos, motivaron que Perón las expusiera en un libro—, la participación en la resistencia peronista desde la primera hora, de gran número de compañeros, entre los que no podemos dejar de mencionar, en emocionado homenaje, por cuanto fue un revolucionario cabal, a Domingo Blajakis, asesinado a mansalva el año pasado, la combatividad de nuestros militantes más jóvenes, que se fueron incorporando con el correr de los años y participaron en numerosos episodios de la lucha ilegal pe-

* Se refiere al golpe de Estado de 1955, que derribó a Perón, pretendida revolución a la que se dió el nombre de Revolución Libertadora.

ronista, son sólo algunos de los hechos que explican que, pese al terrorismo ideológico imperante, hasta la prensa imperante, aunque con aditamentos "a piacere" según la inspiración del redactor de turno, nos califique de "la izquierda del peronismo", "castroperonistas", "peronistasmarxistas", etc.

La Vanguardia Revolucionaria es, para nosotros, la izquierda del Peronismo, y no porque nos autoconfirmamos excelsas superioridades, sino porque creemos que el proceso hacia la movilización revolucionaria de las masas se dará desde el seno de éstas. De cualquier manera, no pretendemos ser los titulares únicos de esa condición; nos basta con ser una vanguardia revolucionaria. Cualquier sectarismo en esta materia será un largo proceso y poco importa cómo se denomine la fuerza en que finalmente se nuclearán todas las voluntades convergentes de la lucha liberadora.

La misión del peronismo —y su responsabilidad— de ser el eje del esfuerzo liberador, es histórica y no providencial. Si no sabemos ponernos a su altura, otras formaciones vendrán a remplazar nuestra vocación abdicada. Pero, mientras tanto, así como no basta ser peronista para ser revolucionario, no se puede ser revolucionario y antiperonista. Ser antiperonista en Argentina 1968 es

—sea cual sea el ropaje con que el antiperonismo aparezca—, lisa y llanamente una de las formas —no la única, por cierto— de ser contrarrevolucionario.

La actitud frente al peronismo puede ser crítica hasta el extremo —la nuestra lo es—. No puede ser la de ignorarlo o desconocer sus valores. El peronismo no es una masa primitiva que necesita catequistas, ni éstos tienen títulos para erigirse en sus mentores. Los intelectuales pueden llevar el esclarecimiento a las masas pero si tienen una perspectiva adecuada para ubicarse con relación a ella. Pues los intelectuales tienen la propensión a creer que las cosas existen porque ellos las piensan y desde que ellos las piensan. Pero el peronismo no les debe nada: existía antes que ellos se diesen cuenta. Fue su presencia, precisamente, la que reveló a importantes sectores de nuestra juventud universitaria, la falsedad de las interpretaciones que se infundían sobre la realidad nacional. Por lo tanto, son ellos los que están en deuda con él por haberlos ayudado a liberarse de los mitos alienantes de la cultura semicolonial. Sea como fuere, el frente de liberación será sumamente amplio y en él la juventud con formación intelectual y técnica cumplirá funciones de valor inapreciables.

En cuanto a Perón, otro misterio para muchos extranjeros y para muchos argentinos, hay que recordar el papel positivo que ha cumplido en todo este período como centro de cohesión de una multitud inmensa, punto de referencia hacia el cual se han vuelto las miradas para unificar criterios en las encrucijadas de la historia de estos años.

Perón es el máximo valor de la política democrático-burguesa en la Argentina, un premarxista que, por inteligencia y por conocimientos generales sigue la evolución que toma la historia y simpatiza con las fuerzas que representan el futuro, lo cual no significa que sea, en este momento, el destinado a trazar una política revolucionaria, entendida como unidad de teoría, organización y método de lucha.

Este previo boceto no responde simplemente al deseo de completar un cuadro de nuestra realidad política, sino de fijar lo más nítidamente posible un factor que seguirá operando en el medio donde se desarrollará nuestra acción. Porque el mito de Perón perdurará.

Ese mito de su persona no es una torpe idolatría de las masas sino un síntoma de rasgos positivos. Porque los trabajadores no son imbéciles y ven que, a diez años de su caída, el Movimiento no ha progresado nada hacia el poder. Pero, al afirmar su

fe en Perón, al reconocerle implícitamente una infalibilidad que se da por sentada, pero sobre la cual no desea discutir, al dotarlo de condiciones excepcionales y posibilidades casi mágicas de triunfo, el hombre de nuestra base no hace sino proyectar hacia el jefe lejano algo que anhela y que la sucia realidad en que se mueve no le ofrece; y, además, Perón no sólo es el artífice de la única época en que el obrero fue feliz —década que el tiempo y el drama de hoy embellece aún más la nostalgia— sino algo más importante: es el recuerdo, el símbolo de la primavera revolucionaria del proletariado argentino, del momento cénital de las grandes conquistas sociales y las reivindicaciones nacionales. Por eso, su mito se alimenta tanto de la adhesión de los obreros como del odio que le profesa la oligarquía, no atenuado por los años, porque es el reverso del amor de los humildes. Creer que ese liderazgo pueda ser suplantado por la superioridad en los planteos o por la capacidad de la conducción política es ignorar todo eso. La brillantez de Perón en la vivencia popular empalidecerá a todos los astros que se alcen en el firmamento de la lucha de la clase trabajadora.

Pero los nuevos mitos que han de ir surgiendo en la vivencia del pueblo —sin anularlo— se darán desde

un plano donde no es necesario que entren en colisión con el suyo. Perón se interpone, para bien o para mal en el camino de políticos y liderazgos reformistas, no en los liderazgos que no dupliquen su papel sino que surjan como productos de nuevas formas de lucha. El pueblo no encontrará incompatibles su lealtad peronista con su adhesión a hombres y grupos del Movimiento que le abran nuevas perspectivas para continuar en la trayectoria que quedó trunca, parecería que definitivamente.

Desde la lucha armada, Perón no es y no será un obstáculo, por cuanto existe una clara y necesaria continuidad histórica entre el proceso iniciado bajo su liderazgo el 17 de octubre de 1945 con las banderas de Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política, y el proceso revolucionario que hoy comienza a desarrollarse bajo otras formas de lucha pero manteniendo e integrando en un proceso superador las banderas iniciales. En el laberinto de la política a ras del suelo a que nos tienen acostumbrados nuestros burócratas, Perón parecería estar bloqueando vaya a saber qué caminos. Desde la altura de las formas superiores de la lucha revolucionaria, no obstruye nada. El pueblo se resiste a abandonar sus ídolos acreditados en el milagro, por

otros no probados. Pero no a acumular la influencia de unos y otros. El prestigio de la conducción revolucionaria de esta nueva generación —como heredera y continuadora de la anterior— se encargará, con el magnetismo de su antiguo prestigio, llevando, a través de esta síntesis, al pueblo, después de años de derrota y proscrición, a nuevas, gloriosas y —esta vez sí— definitivas victorias.

Al servicio de esa misión histórica se hallan dedicados los esfuerzos y las luchas de *Acción Revolucionaria Peronista*, que pretende así ser uno de los puntos de nucleamiento, aunque no el único, de tantas voluntades dispersas revolucionarias con que cuenta potencialmente el peronismo. Y creemos que la magnitud de la tarea justifique cualquier sacrificio en el camino a su concreción.

III

I ¿EN QUE MEDIDA Y COMO HAN VARIADO LAS CONDICIONES?

La "Revolución Argentina" tiene panegiristas y detractores que, con distinto signo exageran su trascendencia transformadora: Para los primeros, pertenece a lo históricamente sublime y renueva totalmente, modernizándolas, las estructuras

económicas, políticas y sociales; según los segundos, constituye una irrupción bestial de la horda armada que destruyó los armazones de la libertad democrática y el poder civil. Los primeros festejan la muerte de algo que sigue viviendo; los segundos se han puesto luto por la muerte de algo que nunca existió.

Producto de un estado de crisis que las FFAA se consideran capaces de resolver mediante árbitros tecnocráticos y la implantación de condiciones económico sociales susceptibles de atraer a los inversionistas extranjeros y despertar entusiasmo en los organismos financieros internacionales, el golpe de junio reacondicionó las instituciones político-estatales para ejercer el poder aplicando las modalidades y procedimientos que funcionan a la perfección en el medio castrense. El partido del régimen con verdadera capacidad de imponer su voluntad pasó a ser partido único con la suma de facultades para gobernar. Al hacerlo, pasó también a cumplir una función en el seno del bloque de las clases dominantes a que simplícidamente llamamos burguesía, pero que no es una unidad sino una serie de clases y sectores de clases con sus propias contradicciones secundarias que desde hace mucho carecen del sector burgués hegemónico capaz de estructurar esos intereses diversos en

una política de conjunto. Las FFAA son la única fuerza en condiciones de asumir ese rol hegemónico vacante.

La naturaleza clasista del régimen sigue intocada, pero su nivel superestructural ha sufrido modificaciones importantes. ¿Qué reajustes debemos hacer, a nuestra vez, en los planteos de la lucha contra el régimen? ¿Tácticos y operativos desde que no hay alteración de fondo en las relaciones de producción y solamente ha desaparecido el senderito de la semilegalidad, o de más vasto alcance?

Nuestra concepción estratégica es, hoy y siempre, la de la lucha armada, y no podía influirla en lo más mínimo este cambio al que negamos trascendencia en el cuadro general de relaciones sociales. Pero modifica fundamentalmente los aspectos prácticos y operativos de las acciones revolucionarias que deben encararse en la hora presente. Hay motivos que emanan del cambio institucional en sí mismos; otros, producto de la forma en que ese cambio incide sobre los procesos políticos y sociales por los efectos del programa económico del oficialismo. No los detallaremos demasiado sino que enunciaremos los principales:

1. La eficacia y la capacidad real de las FFAA no ha logrado mejores resultados que la inoperancia y len-

titud que el gobierno civil. Pero la diferencia de métodos parece, en cambio, manifestarse en el proceso de deterioro ante el cual ambos resultarían impotentes: antes era continuado pero lento, confuso, gradual, como la gestión de Illía; ahora es rápido, decisivo, inexorable, completo, como la expeditiva rudeza y laconismo castrense. Donde el gobierno militar encara un problema, no crece más la hierba: Tucumán, el puerto, la Universidad, etc., son logros de la política de tierra arrasada de Onganía y sus colaboradores. Los conflictos no se van arrastrando sino que se agudizan enseguida y adquieren intensidad. Nuestros burócratas de la "paz social" agitan frenéticamente la bandera blanca de la tregua, pero implacablemente las medidas oficiales los obligan a valerse de ellas en defensa de sus intereses sindicales, o de los intereses de sus bases soliviantadas. La complacencia, la blandura, la apatía, se hacen imposibles, y los corderos tienen que mostrar los dientes al cuchillo que amenaza degollarlos.

2. Se han simplificado los polos de la contradicción. Los términos del enfrentamiento se han hecho tajantes. Los viejos partidos no influyen ni sobre el gobierno que los ha desplazado, ni sobre las masas que los desprecian. Han quedado frente a

frente las dos fuerzas reales: las FFAA y los intereses que se escudan tras ellas, y las masas trabajadoras. En uno y otro frente tienen que aliarse las fuerzas secundarias.

3. La eliminación de la cornisa de semilegalidad, radicaliza el choque entre los antagonistas. En ese cierre del campo del interjuego de las fuerzas sociales y políticas, desaparece la zona "intermedia" donde se desarrollan lo que para nosotros serían "acciones de superficie"; la semilegalidad diluye y retarda los conflictos, les da escapes laterales, derivados.

Ahora se presenta una disyuntiva: el acatamiento o la subversión. El que no quiere acatar —y ya dijimos que muchos quieren acatar pero no pueden porque sería acatar su propia pena de muerte— se encuentra en el terreno de los subversivos con solo oponerse con actos que normalmente son actos de la práctica pacífica y cotidiana.

En realidad, no ha ocurrido otra cosa que una aceleración y agudización de la política bajo la formación mistificada de la apoliticidad. Han cambiado, como se ve, las condiciones. Pero al hablar de "condiciones" no nos referimos a esas "famosas" que esperan los que se declaran partidarios de la *revolución*, y que nunca parecen cumplirse, de acuerdo a misteriosos sistemas

de medición teórica. Las condiciones de la Argentina no han variado con el golpe militar si las consideramos en términos generales, e incluyen la proliferación de quienes han racionalizado la pasividad en nombre de una revolución que resplandece en la abstracción de futuros indefinidos y condiciones objetivas y subjetivas que siempre están más allá de las que prevalecen en el momento.

Las condiciones a que es necesario atenerse en las circunstancias concretas actuales son aquellas mínimas que permitan emprender la lucha revolucionaria proporcionada a la modestia de fuerzas de quienes la inicien pero con posibilidades de repercutir y contribuir al salto de conciencia colectivo que otros confían a la prédica y a las "acciones de masas" rigurosamente legales.

Hasta julio, al amparo de la semi-legalidad, nos íbamos organizando, como muchos otros grupos decididos a la acción revolucionaria, y buscábamos ampliar nuestras fuerzas, y nos valíamos de toda nuestra gravitación para tratar de impulsar un proceso que llevase a las bases de nuestro Movimiento a presionar para que se adoptasen líneas de conducción favorables a nuestros planes de lucha.

La precaridad de nuestros medios y la magnitud de las tareas que abar-

cábamos, con un aparato proporcionalmente reducido, podía llevarnos a desear que perdurase esa situación de comodidad para los trabajos de superficie hasta que hubiésemos logrado un grado mayor de organización y de expansión. Pero indiferentes a nuestros deseos, los órganos con poder de decisión sustituyeron a Illia por Onganía y para ARP y el resto de los grupos revolucionarios, en situación, en la mayoría de los casos, bastante similar, la facilidad por un mayor claudetaje (aunque justo es señalar que la represión a que nos vemos sometidos actualmente es casi nula, por cuanto de hecho ningún sector de la izquierda argentina ha demostrado la suficiente efectividad para justificar el esfuerzo represivo del régimen).

2 LOS CRITERIOS DIVERSOS SOBRE LA POLITICA A SEGUIR

Gente menos castigada por la experiencia que nosotros, habrá pensado que la dictadura militar liquidaba la discrepancia sobre la política a seguir por la izquierda argentina. Entre los que sosteníamos que era conveniente y aprovechable la semilegalidad, pero a condición de no enajenar a ella nuestras actividades con miras a la revolución, y los que declaraban que había que morir

defendiendo ese cantero semicultivado de legalidad en medio de la naturaleza de espinos represivos, cesaba el motivo de las diferencias: ni nuestro "espíritu provocativo y aventurero" causó el arrasamiento de las flores silvestres de la legalidad, ni el denuedo y la prudencia de sus defensores pudo evitarlo. No quedó semilegalidad que defender con "amplios frentes", ni puntos de apoyo para luchar por "ampliar" las "libertades democráticas".

Tuvo razón nuestro cinismo. Desde el primer momento a partir del golpe, comenzó a circular la consigna, a través de todo el aparato de difusión del Partido comunista y sus adláteros, por la cual se volvía a propugnar el eterno "frente de amplia coalición democrática" para... esta vez luchar por la conquista de las libertades democráticas. Es decir, que ahora ese miserable retaceo de democracia y semilegalidad proscriptiva, que ya ni siquiera subsistía como punto de apoyo, se convertía en el *objetivo* de la lucha de masas conducida por su supuesta vanguardia, o sea el P.C.A.; a menos que éste, en lugar de nostalgia por ese rinconcito soleado de legalidad del tipo de la que Frondizi o Illia nos brindaron, se plantease la conquista integral de las libertades democráticas, tal como están inventariadas como curiosidad, en nues-

tra constitución; lo cual era una política más sensacional, porque las libertades políticas sólo rigieron 26 años en un total de 107 de vigencia constitucional —y, en ambos casos— los comunistas trataron de derribar, aliados a la oligarquía, a los gobiernos que surgían del proceso democrático y lo defendían (cosa que se logró con el derrocamiento de Yrigoyen y de Perón).

La lucha restauracionista tiene el factor negativo de que el PCA nunca ha acertado en nada; pero eso se contrarresta con el gran peso de varios factores que juegan en su favor.

Coincide con el Imperialismo. El fracaso del gobierno militar, a medida que se torna más evidente, ganará adeptos al restauracionismo civil en las propias filas de la oficialidad. Los partidos desplazados, sin apoyo popular, son un factor de presión importante cuando las cosas se resuelven en la superestructura burguesa liberal, donde cuentan con apoyo, amigos, influencias, etcétera. Se agregarán los activistas del golpe de junio que se vayan sintiendo defraudados porque la "revolución" no se ajusta al modelo que ellos tuvieron en vista.

Surgirá, en alas de la impotencia del gobierno, el caudillo militar con mando de tropa que busque ser la

prenda de unión en la transición hacia la constitucionalidad.

La oficialidad militar, que hubiese compartido el éxito que descontaron al alzarse, se escindirá: la misión reparadora consistirá, para muchos, en volver a su "misión específica".

Las FFAA no son tan monolíticas como aparecieron en el episodio golpista. En la Aeronáutica predomina el pensamiento del catolicismo ultramontano de ultra derecha: tradicionalismo paternalista, nostalgia por las jerarquías, ética católica no preconciliar sino pre-diluviana. La Patria considerada como una mezcla de orden social, virginidad de las mujeres, anticomunismo, y cada uno ocupando el "lugar que le corresponda".

La Marina es extremista del otro costado, es liberal al estilo clásico de la Inglaterra Victoriana. Pero el apoyo a los mitos liberalburgueses compagina perfectamente con el aristocraticismo de la minoría selecta y con las medidas de escarmiento sanguinario contra los peronistas y otros herejes, que no tienen derecho a la democracia porque no son democráticos.

Además la Marina formaba el eje con los gorilas "colorados" derrotados en septiembre del 62, y luego en el enfrentamiento cruento de abril de 1963, que afianzó al grupo

"azul": Osiris Villegas, Onganía, Pistarini, López Aufranc y los restantes personajes del actual elenco. Después de eso, el ejército mantuvo siempre a la Marina prácticamente en total inferioridad de condiciones en cuanto a potencial bélico.

Aunque beneficiaría al fraude consumado por los "azules" la UCRP* ha sido siempre amiga de los "colorados", a quienes Illía trató de injertar en altos mandos militares, sin conseguirlo; cuando, mediante una treta, descabezó al azulado forzando la renuncia de Onganía como Comandante en Jefe, selló su propia suerte después de una guerra de nervios que duró varios meses, los militares lo sustituyeron en la presidencia por Onganía.

La Marina, que guarda un redoblado rencor al grupo dirigente militar, *no era partidaria del golpe*. El 17/5, el jefe de Operaciones Navales, Alte. Benigno Benigno Varela, fijó la posición legalista del arma, que ratificó al Consejo de Almirantes el 8 de junio. Lo cual no impidió que el propio Varela integrase el triunvirato que asumió el poder "constituyente" diecinueve días más tarde. En un discurso del 11 de julio, Varela citó el que pronunciara el 1º de mayo como demostración de que la participación golpista era

* Partido del derrocado Presidente Illía: Unión Cívica Radical del Pueblo.

consecuente con el mismo; pero la verdad es que lo contradice totalmente. Lo que pasó fue que, no pudiendo gravitar en la decisión golpista del Ejército, los marinos no quisieron quedar marginados y se plegaron. Pero han recalado bien que no son corresponsables de la gestión administrativa del nuevo gobierno, que tendrá en ellos a los más enconados críticos y a los puntales del retorno a la Constitución en cuanto esa corriente llegue a tomar cuerpo.

Para propiciar el fin de la experiencia militar se contará con los mismos mecanismos de propaganda que funcionaron en favor del golpismo. Y con la inercia popular obrando en sentido del retroceso a la semi-legalidad: ésta ya no será jugada como comparación con las maravillas anunciadas por los gestores del golpe, sino que saldrá respaldada del cotejo con la estupidez y la tristeza de los utopistas de mano dura que hoy gobiernan.

Como siempre, el país se verá abocado así a disyuntivas entre dos posibles igualmente limitados y mezquinos; y se decidirá por el mal menor, que es la única forma en que, de tanto en tanto, puede expresar su voluntad. Y tendrá razón, pues no se le dejará ninguna otra alternativa fuera de la opción.

Hoy nuevamente se pretende embarrarnos a los peronistas en esa aventura remanida que implica firmar un cheque en blanco en favor de quienes hoy muy democráticos desde el llano, nos han demostrado una y otra vez, y con nuestro concurso mediante lo volverán a hacer, que son en efecto muy "democráticos", y que por tanto nada tienen que ver con nosotros, las mayorías populares, el inculto aluvión zoológico, capaz de hacer tambalear con su embate sus torpes utopías liberales y reaccionarias.

Ocurrió con Frondizi, ocurrió con Illia, se quiere ahora, según el burócrata con el que hablemos que ocurra nuevamente, con Frondizi o con los radicales del pueblo. Y a esta política miope y traidora, a esta política de enajenación de las propias fuerzas a finalidades ajenas y contrarias a los populares es a la que hay que poner fin. La alianza con grupos o sectores de las clases dominantes para aprovechar y agudizar las contradicciones internas del régimen solamente puede ser concebida como un recurso excepcional, de orden secundario, como una mera variante táctica subordinada a los objetivos generales de lucha por la liberación nacional. Vemos hoy, por el contrario, que la mayor parte de nuestros dirigentes

políticosindicales, como portavoces conscientes o no de la ideología del enemigo, asumen esas alianzas como si fuesen la clave de solución para el drama nacional. Pero no es de políticos gastados ni de salvadores espados de turno de donde debemos esperar la salida sino de nuestra propia lucha y de nuestra propia sangre.

Por consiguiente, a todos los argumentos que podríamos esgrimir en favor de la acción revolucionaria concebida como un proyecto a corto plazo, se agrega ahora este otro: *Hay que actuar con otro objetivo mas en vista, que se cumple con la sola indicación de un proceso revolucionario: hacer que este paso innecesario del régimen hacia la dictadura militar sea irreversible.*

Porque para nosotros ha comenzado la última etapa del proceso argentino. No implica eso un prejuicio sobre su duración. Cualquiera sea ésta, cualitativamente se llegó a la última etapa. La alternativa deja de ser entre la dictadura violenta o dictadura encubierta en la semidemocracia; de ahora en más es: o régimen dictatorial burgués-imperialista o gobierno revolucionario de las masas, mediante el triunfo de la guerra revolucionaria.

3 EL CUADRO DE LA SITUACION OBLIGA A DEFINIR LOS PLANES DE INICIACION DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA

Ante las circunstancias nuevas, la organización de la izquierda argentina ya no puede realizarse con miras a una acción que aprovechando una coyuntura favorable, pudiera iniciarse para hacer detonar todas las contradicciones violentas de la sociedad argentina, nutriendo así su propio desarrollo.

Ahora la coyuntura favorable es permanente, y se agrega a la urgencia de cerrar el camino de repliegue al régimen e impedirle que retome la cadencia anterior de los ciclos alternativos de dictadura militar directa y de gobierno institucionalizados por el frente prospectivo.

Aún con el criterio concreto y restringido con que podían apreciarse por parte de algunos grupos o sectores las condiciones para el proceso revolucionario antes del golpe de junio, es evidente que esos criterios no pueden mantenerse hoy frente al actual contexto.

Así como el régimen ha saltado etapas al modificar su sistema político, debe obligar también a la izquierda revolucionaria a restringir etapas todo lo que sea posible en

función de las condiciones propias y ajenas.

Lo que no es acatamiento es ahora subversión. La izquierda ha estado siempre subvertida, o al menos tratando de dar formas efectivas a esa subversión. Ahora solo puede tener forma efectiva.

Y la izquierda revolucionaria se ve forzada así a obligar al régimen a que acentúe sus aspectos represivos y violentos. De tal manera en la medida que la resistencia de la izquierda al régimen en su actual faz militar sea efectiva, la violencia fundante es la que se asienta, como violencia potencial, ha de salir a la luz como violencia efectiva, pero también como síntoma de su crisis, total, de su futura desintegración. Porque esa violencia del régimen, en su propia dinámica represiva, ha de provocar a su vez a muchos pasivos, y pisoteará las esperanzas falsas —lógicas cuando la gente se siente impotente frente al monopolio de la coerción.

Probablemente, los revolucionarios que inicien este proceso serán denunciados como los típicos “provocadores” que causan tantos perjuicios a las “actividades democráticas” (como las campañas financieras y las cooperativas). Y ya que estamos: la lógica de los “no-aventureros” no nos parece tan clara como

ellos pretenden: salvo que las clases dominantes se suiciden (y no recordamos ningún caso), hay que echarlas de su posición hegemónica, y eso sólo es posible mediante la fuerza. Y si cualquier “marxista” nos dice que está de acuerdo con esa premisa, se contradice cuando pone como objetivo permanente de la acción concreta, el mantenimiento de la seguridad para la vida de libertad, etc., dentro del orden burgués. Los burgueses no quieren hacer daño a nadie ni violar su propia Constitución, sino disfrutar de la plusvalía: empecemos por no oponernos al disfrute de sus privilegios y ningún policía ni soldado nos hará el menor daño, nadie caerá injustamente, etc.

El argumento en contra lo conocemos: la violencia revolucionaria no es objetable, pero para emplearla deben de existir ciertas condiciones, en el medio ambiente y en la forma de su empleo, que la diferencien de la “provocación” y la “aventura”. De acuerdo pero: ¿quién fija esas condiciones? ¿Los que detentan el monopolio de Lenin, Marx, de la filosofía marxista, de la “representación del proletariado”? Nosotros no tenemos, lo confesamos, mucha confianza en esos sabios de la historia que nos adelantan el final pero nunca entienden lo que pasó ayer o está pasando ahora. Y: ¿cómo sa-

ben que no hay condiciones? El criterio para el fallo es también característico: los revolucionarios toman el poder, son Lenin, antes Mao, tal vez Fidel Castro; los aventureros fracasan, mueren, van presos. No nos parece un criterio muy marxista de análisis; más bien creemos que lo enunció Maquiavelo. Pero no es eso lo más grave, sino ¿cómo se sabe de antemano si la intentona será destinada a la cárcel o a la gloria? Contra los que importen sabiduría canónica, el que *lucha* apuesta en favor de la revolución y de su empresa; y apuesta lo más valioso que tiene como persona, su vida, única e irremplazable. El análisis de los "científicos" se vuelve una simple lectura de datos sin misterio: ellos aciertan siempre, porque aciertan con Ho Chi Min, con Fidel Castro o con Lenin, es decir, se apropian de los aciertos ajenos. Acertar con Fidel Castro es intentar lo que él intentó, seguir el camino que él abrió. En último caso siempre es preferible ser derrotado o muerto con el Che Guevara, que acertar y triunfar con Vittorio Codovilla. Sobre todo, mucho más alegre.

¿Con quiénes se hará la Revolución entonces? Con los miles de revolucionarios potenciales que hay en la masa, pero que surgirán una vez que la Revolución comience a vislumbrarse como posibilidad efecti-

va. No podría ser de otra manera, porque la masa está formada por hombres que no van a emprender, porque algún sabio teórico se lo diga, un camino de sacrificios y penurias poniendo en juego hasta su propia vida. No se podría pensar cuerdamente que actuasen de otra manera. Luego, cuando la revolución es dura —pero no imposible y descabellada—, allí estarán las canteras de las que se nutrirá el proceso liberador. Lo que nos merece otro juicio, y contribuye realmente a dificultar lo que es arduo de sobra por sí mismo, es la actitud de los que se proclaman revolucionarios y desde su pedestal proyectan a "las condiciones" su propia incapacidad, acumulan sus miedos para que pasen por sentido común y por justificación de la inacción. No se contentan con "no ver" la estrategia y la táctica revolucionaria en la Argentina —lo que no es reproachable ni ilógico en las actuales circunstancias sino que la duda (real en una aleación con el miedo), se elabora como principio teórico que pasa a ser un dogma de la izquierda; oportunamente se desintegrará y volverá a la nada de donde surgió pero es ahora cuando constituye un factor, una condición —o como se llame— "objetiva" del panorama argentino en materia de lucha revolucionaria.

Y es por lo tanto una condición más a cambiar, una de las primeras, a través de la efectiva acción revolucionaria.

La posibilidad de la lucha revolucionaria sólo puede demostrarse a través de la lucha revolucionaria.

No conocemos ningún análisis serio, desde nuestra modesta opinión, que invalide la interpretación de la realidad argentina que hemos expuesto en estas páginas y en que se base la praxis de *Acción Revolucionaria Peronista*. En cuanto a la práctica concreta que preconizamos es allí donde se nos refuta con un Niágara de razones teóricas o técnicas. Pero ninguno de esos teóricos ha liberado o intenta liberar país alguno. Todos se reservan para epopeyas lejanamente gloriosas y seguras.

La razón de nuestra línea sólo puede demostrarse, a escala de las masas, por su aplicación exitosa. En cambio nuestro fracaso que tendría efectos negativos sobre los juicios que se forme la gente respecto a nuestros métodos de lucha, no les daría la razón a nuestros críticos: ellos lo computarán como un fruto de su propia sabiduría, pero podría deberse a fallas concretas de nuestra acción o a cualquier factor de

la contingencia y no a errores de concepción.

Además, negar el camino que nosotros elegimos, no aporta nada al problema de la toma del poder; a menos que opongan otro más correcto, o sea que en la práctica se haya demostrado como tal. Y nos apresuramos a aclarar que, lo que en algún párrafo hemos llamado "nuestra concepción estratégica" dista de ser una elaboración conceptual que involucre todo el proceso de la lucha revolucionaria: no nos preocupa la representación conjetural de cómo se desarrollarán sus etapas superiores y últimas y cómo pasaremos a ellas. Nos preocupan sí, la cantidad de incógnitas, problemas e interrogantes que nuestra práctica cotidiana nos plantea en relación a la etapa más inmediata de la acción revolucionaria a encarar. Conocemos bien el país, y al pueblo del que formamos parte. No conocemos en cambio la fórmula mágica e infalible para el triunfo revolucionario. Sí conocemos la fórmula de los fracasos en cadena, del desaliento, y el reflujó de las esperanzas y de la combatividad. Es el momento de superarlas. En esa tarea estamos y a esa tarea convocamos a los militantes con vocación revolucionaria.